

INFORMACIONES

IDEAS DE CINE Y CINE CON IDEAS II (EN EL MARCO DEL 63. ZINEMALDIA)

ROBERTO R. ARAMAYO

Instituto de Filosofía del CSIC

Por segundo año consecutivo se ha celebrado, en el Museo de San Telmo de San Sebastián y durante los días previos al comienzo del 63. Zinemaldia, el ciclo de diálogos *Ideas de cine y cine con ideas* (<http://www.ifs.csic.es/es/node/291019>), que fuera ideado por quien suscribe esta breve crónica y puesto en marcha por él mismo (representando al Instituto de Filosofía del CSIC), haciendo tándem con Antonio Casado Da Rocha (EHU/UPV), Txetxu Ausín (Globernance) y María Luisa Balenciaga (Museo San Telmo). En realidad este año se involucraron también otras instituciones como la Filmoteca y el Gobierno vascos, encuadrándose asimismo en la línea *Conversaciones* de la capitalidad cultural europea Donostia 2016, lo que asegura su continuidad al menos en la 64. edición del Festival Internacional de Cine donostiarra.

El año pasado lamentamos que no pudieran participar Fernando Savater y Fernando Trueba, pero intervinieron, entre otros, Victoria Camps, Manuel Cruz o Amelia Valcárcel, para dialogar sobre *Cine, filosofía, y sociedad* (como se puede ver en estos enlaces: <https://vimeo.com/132411759> y <https://vimeo.com/133332466>), siendo una feliz coincidencia que el Museo cobijara entonces una exposición sobre la película *Metrópolis*, de Fritz Lang, motivada por el hallazgo de una copia no mutilada por las distribuidoras. Paralelamente a las conferencias celebradas en el Museo de San Telmo, en la Facultad de Filosofía de la UPV se analizaba cómo el cine puede abordar espinosas cuestiones relacionadas con la bioética o los derechos humanos.

En esta segunda edición se han abordado temas tales como *Biografía y cine* o *Las lenguas minoritarias en el ámbito cinematográfico*, además de dedicar una sesión a *Disidencia y cine*, que coincidía con una sugestiva exposición sobre *Pasolini y Roma*, donde se nos recuerda que Pasolini fue incomprendido en su época, como le suele ocurrir a todos los disidentes. Valga como botón de

muestra el que su lectura marxista desplegada en *El evangelio según San Mateo* le valiera cuatro meses de cárcel cuando su película fue estrenada y posteriormente el Vaticano la reconociera como una de las mejores aproximaciones históricas a la figura de Jesús. En realidad, todos los autores que han devenido clásicos del pensamiento fueron disidentes. Pensemos por ejemplo en ese Rousseau que discute la sacralizada idea de progreso del Siglo de las Luces, avisando que los avances tecnológicos no significan necesariamente una mejora en las costumbres y pueden comportar más bien lo contrario, como muy bien sabemos ahora. Los ejemplos podrían multiplicarse con mucha facilidad.

La mesa redonda sobre *Cine y disidencia* que tuve ocasión de moderar quedó integrada por Joxean Fernández (director de la Filmoteca Vasca), Javier Rebollo (director de cine galardonado hace dos años en el Zinemaldia) y David Trueba (cineasta y autor de varias novelas como *Saber perder*). También estaba prevista la presencia de José Luis Rebordinos (director del Zinemaldia). Para presentar el tema desde una perspectiva filosófica, recordé las aportaciones de Javier Muguerza, autor de *La alternativa del disenso* y *Ética, disenso y derechos humanos*. Muguerza nos habla de un *imperativo de la disidencia*, inspirándose en una de las formulaciones del imperativo categórico kantiano, concretamente aquella que dice que no debemos utilizar nunca a otra persona, ni tampoco a nosotros mismos, tan sólo como un mero medio instrumental, sin considerarla al mismo tiempo un fin en sí mismo, afirmando que esta instrumentalización no se la podría permitir ni tan siquiera Dios, según enfatiza expresamente Kant, porque las personas tienen dignidad y no un precio como las cosas.

Con su imperativo de la disidencia Muguerza expresa algo tan elemental como que “siempre nos es posible decir que no a situaciones en las que prevalezcan la indignidad, la falta de libertad o la desigualdad”. Muguerza entiende que el pensamiento utópico conserva toda su vigencia, pero propone luchar por ideales tales como la paz, la justicia o la democracia, jugando a la contra, por la vía negativa de oponernos a las guerras, intentar erradicar las injusticias y rebelarnos contra las tiranías. En este sentido, el disidente del que nos habla Muguerza sería una especie de pionero en la conquista de nuevos territorios morales y nuevas urdimbres jurídicas en el ámbito de los derechos humanos.

El problema estriba, claro está, en cómo cabe distinguir entre una buena y una mala disidencia. El buen disidente predica con el ejemplo y está bien dispuesto a apechar con las consecuencias negativas que conlleve su disidencia. Le gustaría que su convicción fuese compartida, pero no aspira a imponerla, como sí haría el mal disidente que cabría identificar con el fanático intolerante, empeñado en imponer a sangre y fuego sus dogmas al resto de la humanidad. La buena disidencia no aspira a vencer con la fuerza, sino a convencer. El buen disidente se limita a rehusar hacer suya la voluntad de los demás cuando ésta

contradice los dictados de su conciencia, pero nunca pretende imponer por la fuerza a los demás su propia voluntad.

Normalmente la disidencia se ejerce en minoría, pero no siempre es necesariamente así, como ilustra muy bien la guerra de Irak. El presidente del gobierno español impuso su criterio a una aplastante mayoría de ciudadanos que manifestó su disidencia. La buena disidencia suele verse motivada por la indignación y le interesa denunciar situaciones donde se instrumentaliza a las personas, convirtiéndolas en cosas. En definitiva, el buen disidente quedaría bien descrito por George Brassens en *La Mauvaise reputation*, cantada también por Paco Ibañez. Sería aquel que “no quiere seguir al abanderado y se arriesga a tener su propia fe”.

En la 63. edición del Zinemaldia donostiarra se proyectaron varias películas protagonizadas por buenos disidentes, como sería el caso del personaje principal de *Truman*, magníficamente interpretado por un siempre espléndido Ricardo Darín; la película es un canto a la vida y a la libertad que afronta el espinoso tema de tomar decisiones sobre la propia muerte, cuando se ha perdido la batalla en la lucha contra una enfermedad irreversible y que anuncia un penoso desenlace, además de relatar la despedida de dos amigos entrañables que se complementan por derrochar, respectivamente, generosidad y valentía. Pero también sería un canónico ejemplo de disidencia el adolescente cuyas peripecias describe la muy merecidamente galardonada *Sparrows* o casi todos los personajes que pululan en la divertida *21 noches con Pattie*. Con todo, como paradigmática ilustración de la buena disidencia, habría que destacar al personaje de la impactante película *Paulina*, quien se ve incomprendida por todos al querer ser consecuente con sus convicciones hasta extremos verdaderamente insospechados y que va más allá de la soberbia educación recibida por un padre desbordado por los acontecimientos e incapaz de acompañar a su hija en su empeño por tener su propia fe sin seguir al abanderado, ganándose con ello una mala reputación incluso entre aquellos a quienes ampara con su arrojo.